

en abonado terreno y en las mejores condiciones para su desarrollo. Diaz Covarrubias, en su expedición al Japon para observar un fenómeno astronómico juntamente con muchos sabios europeos, ha demostrado que lo es, y que por tal debe reconocerse entre nosotros; Arroniz en su *Biografía mejicana* recogió multitud de nombres sobremanera ilustres en armas, en política, en literatura, algunos de los cuales florecían en plena dominación española; Orozco y Berra en sus trabajos históricos, Pimentel en los filológicos, y sobre todo en su obra *Sobre las lenguas mejicanas*, han dedicado á su nación monumentos de gran valía, no siendo tan raras las investigaciones de esta última especie que no hayamos podido leer un curioso índice etimológico de los nombres de lugares en el Estado de Oaxaca, recientemente publicado en el *Diario Oficial* del mismo. Lo que se cultivan en Méjico las letras clásicas ha podido conocerse entre nosotros por las traducciones del inteligente helenista el Sr. Obispo Montes de Oca, y ántes por la *Cena de Balthasar* de Carpio, lo que el genio americano sabe tomar de las antigüedades bíblicas, á guisa de nuestros Herreras y Leones. Lo que son los poetas de Méjico se sabe ya entre nosotros por las colecciones de la señorita Witsstein, Olavarría y Peza, en la última de las cuales, titulada *Lira mexicana*, la amabilidad de nuestro buen amigo el colector nos dispensó la honra de cedernos un puesto para el *Prólogo*. Allí vates como Acuña, con su bellísima composición *Ante un cadáver*; Flores y Riva Palacio con las suyas amatorias y descriptivas, las primeras sobresalientes y las segundas muy notables; el mismo D. Juan de Dios Peza, cuyas obras tienen alternativamente la gracia de Breton de los Herreros y la simpática melancolía de Larra, nos prueban que ninguna cuerda de la lira ha dejado de producir en Méjico armoniosos sonidos en un tiempo tan breve que para ofrecernos modelos en un solo género no hubiera sido demasiado largo.

Entre los insinuados poetas debemos hoy mencionar, para cubrir de flores su tumba, á D. Agustín F. Cuenca, y áun así no podríamos ofrecerle una mínima parte de las que derramó en sus escritos, llenos de color, de animación y de vida, cuyas composiciones parecen no escritas en papel, sino bordadas en seda é imaginadas por las Gracias. Enhorabuena que la naturaleza en América inspire más que la nuestra; pero sin el profundo sentimiento de la misma junto con el conocimiento de los primores de nuestro idioma, no podría escribirse *La mañana*. Bueno es aconsejar la sobriedad en los adornos á los que no saben colocarlos y escogerlos como Agustín Cuenca; pero poner coto á su brillantísima imaginación, hubiera sido pecado de lesa literatura española. Al saber la noticia de su fallecimiento, que nuestros buenos amigos de Méjico particularmente nos comunicaron, no pudimos ménos de lastimarnos por haber dejado de latir un corazón que debió vibrar como un arpa eolia por haberse roto una lira que podía entrar en certámen con un pincel, y por haberse agostado una existencia y apagado un genio que, como los campos de Sicilia, encerraban tantos volcanes en el sentimiento como flores en la expresión, sintiendo al mismo tiempo que sus obras no hayan sido más numerosas y conocidas en España.

En ciencias morales y políticas, y especialmente en derecho, es muy digno de ser conocido D. Ignacio L. Vallarta, antiguo presidente de la Corte de Casación, cuyos *votos constitucionales* son la colección de opiniones en que fundó sus sentencias en el referido tribunal con motivo de los recursos de amparo. Su obra sobre estos recursos comparados con el *writ of habeas corpus* de la legislación inglesa y norte-americana, es una de las más notables sobre ciencia política comparada y el ejercicio de los derechos más preciosos del ciudadano. Las leyes examinadas á la luz de la historia, tanto inglesas como norte-americanas y mejicanas, son guía segura para los casos más dudosos, y las soluciones que presenta el escritor con decisión, pero con modestia, opinamos que serán respetadas como derivación á un mismo tiempo de la conveniencia y de la justicia, igualmente acreditadas. Poseemos estas obras como valioso donativo del autor, nuestro amigo, y no es esta la primera vez que hemos llamado la atención sobre su indisputable mérito.

No pudiendo hacer otro tanto respecto de cuantos escritores en ciencias ó en letras ilustran el foro, la prensa, la escena y el Parlamento mejicanos, séanos

permitido ofrecer un tributo á la amistad y también al mérito y á la modestia en un cariñoso recuerdo al Dr. Hajar y Haro. Léjos de distraerle de la literatura, el ejercicio de la medicina en el ejército le proporcionó ocasión de historiar la guerra sostenida contra los franceses auxiliares del Emperador Maximiliano; encargo que desempeñó en unión del ilustre literato Vigil, á quien, como á Hajar, se han concedido títulos en nuestras Academias. Como poeta, es el Dr. Hajar, actualmente Secretario de la legación mejicana en Italia, uno de los más tiernos que en América han cultivado la lengua de la sensibilidad y de los afectos, bien que en él se revela el poeta con las mismas condiciones que el hombre. Las despedidas de sus *antiguos lares* y de América para representar á su país en la corte española, y ántes para sufrir las amarguras del destierro, le inspiraron dos bellísimas composiciones, que suponemos destinadas á figurar en todas las *antologías* mejicanas. En el Congreso de Americanistas, reunido en Madrid en 1881, fué representante literario de la Confederación, y en las columnas de los Dos MUNDOS han podido estimar nuestros lectores algunas de sus recomendables prendas de poeta, ya que no todos hayan logrado apreciar como nosotros cuánto vale como amigo el que tanto ha sabido interpretar fielmente los consejos de la ciencia como abrir su alma á las inspiraciones del arte. Si llegan á su conocimiento estas líneas, rogámosle nos dispense de haber ofendido quizás su modestia, porque en nuestras *Revistas* debemos ante todo cumplir con la justicia, y ésta exigía que al hablar de la literatura mejicana moderna no omitiésemos por vanos respetos un nombre que tanto la honra.

La vecindad de los Estados-Unidos debe promover en los mejicanos la industria, el comercio, las artes y las ciencias para competir algún día con la República de Washington. A Méjico, no de otra suerte que á ésta, concedió la Providencia todos los climas, y por consiguiente las aptitudes más diversas, así en la tierra como en las facultades de los hombres, para que ningún ramo de la riqueza permanezca inactivo y ninguna fuente de prosperidad oculta. Las riquezas del *Real del monte* que pudieron contentar la ambición de las pasadas generaciones, ya en nuestro tiempo son sobrepujadas por otras; la ciencia es una hechicera que si logra trasformar en jardines los desiertos, mucho mejor sabe acrecentar el bienestar de las tierras favorecidas por naturales dones. La inteligencia de los indígenas, cuyas muestras vieron los primeros conquistadores en Marina y los últimos que pretendieron serlo, en Benito Juárez, puede bien cultivada producir muy sazonados frutos; el saber y la actividad de los europeos sin duda también contribuirán á los mismos resultados; la Confederación mejicana puede y debe atraer á sí la emigración, lo mismo que su poderosa vecina, dar creces á su comercio con España y singularmente con las Antillas, y prepararse ya desde ahora al lisonjero porvenir que le reserva la paz en el interior, y en el exterior la próxima apertura del istmo de Panamá, una de las más grandes revoluciones que en la suerte del comercio registra la historia.

Sobre la prolongación de la vida.

En este interesantísimo problema que se estudia con más gusto desde que se ha comprobado en Europa el aumento de la vida media, han terciado últimamente un químico suizo, panegirista del ácido cítrico y de las limonadas, que según él retardarán aquellos cambios del organismo que van produciendo las varias edades y la muerte, y Dawson, que proscribiera todo género de alimento abundante en sales terrestres y preceptúa un régimen casi por completo vegetal, pocas carnes, y pescado, y beber todos los días dos ó tres vasos de agua destilada con 10 ó 15 gotas de ácido fosfórico. Los indicados profesores no se curaban de aquel texto del Salmista: *In potentatibus octoginta anni; amplius eorum labor et dolor!*

Leyes provinciales y municipales.

Si la Edad Media hubiese sido tan fecunda como la nuestra en leyes, reglamentos y reformas, no hubieran, por decirlo así, cristalizado sus instituciones. La municipal, que ahora se somete á nueva reglamentación en nuestra patria, no se hubiera levantado briosa y enérgica á defender la integridad del territorio, á formar en cierta manera, y á ser el núcleo de la representación nacional en las Cortes, que eran una de-

rivación del municipio. Formábanse independientemente del poder central, tenían mesnada y bandera y vivían como los de Francia, Italia, Alemania y Holanda, sobre todo los de las tres últimas naciones, formando dentro del Estado otros pequeños, más bien auxiliares que rivales suyos. Después que la centralización ha cohibido la vida municipal y la provincial, cada partido quiere arreglarlas á su manera, de suerte que hay varios juegos de derecho administrativo y leyes orgánicas á gusto de los hombres políticos, y tanto que, *a priori*, conocidas sus doctrinas, puede indicarse la manera de regir tan importantes instituciones. Se ha dicho que en el Ministerio de la Gobernación se formaba un cuadro sinóptico de las legislaciones municipales y provinciales del extranjero como trabajo preparatorio del que se presentaría á las Cortes. En cuanto al derecho político comparado, ya teníamos obras de alguna consideración; pero no así en el administrativo hasta que la publicación utilísima del *Annuaire de Legislation étrangère* ha venido á ofrecernos anualmente y traducidas al francés las principales leyes promulgadas durante el año anterior en Europa y América. Recientemente, M. Ives Guyot, á quien ya conocen los lectores de nuestras revistas por sus obras irreligiosas y anti-cristianas, ha dado á luz un curioso estudio comparativo de la organización municipal de París y de la de Londres, y M. Ferron otro muy completo de la legislación provincial y municipal de varias naciones. Teniendo á la vista estos libros, hubiera sido muy fácil terminar el cuadro sinóptico que nos anunciaba la prensa el pasado verano; Reynaert, en otra obra de derecho parlamentario comparado, ha facilitado á los modernos autores de leyes electorales la tarea á que cada nuevo Ministro se consagra entre nosotros para formarse compactas y bien disciplinadas mayorías.

La cuestión de enseñanza en Bélgica y en Roma.

En otro tiempo las cuestiones de instrucción no eran ni podían ser de alta política ni de orden público. En la actualidad lo son, gracias al sistema centralizador que por do quiera se extiende. En Bélgica, el Ministerio Malou-Jacobs, tan combatido por todas las fracciones liberales, parece que se propone levantar la bandera de la intervención política y administrativa en cuanto á instrucción pública se refiere, y que semejante actitud expone al país á serios trastornos. Voces de *viva la República!* se han oído junto al palacio real, procesiones de uno y otro partido han atravesado por las calles de Bruselas defendiendo sus respectivas soluciones, gran número de ayuntamientos han protestado contra el planteamiento de la ley, comunicando esta decisión al monarca, y áun hay quien espera que la citada ley de instrucción pública origine tantas perturbaciones como las célebres *Ordenanzas* de Carlos X respecto á la imprenta causaron en Francia. La gravedad de esta cuestión á ningún político puede ocultarse; lo que ha dado en llamarse *reacción* elige casi siempre como objeto favorito de sus disposiciones la ciencia y la instrucción pública. Sólo en Alemania puede enseñarse cuanto se quiera y como se quiera, sin que el poder político tema los resultados.

En Roma la prensa ministerial ha emprendido una cruzada contra las escuelas pontificias sostenidas por la Santa Sede: esa es la compensación de lo que ocurre en Bélgica. Esta cuestión, ni puede resolverse por sistemas políticos, ni se arregla colocándola en los extremos, porque en realidad la instrucción pública para nadie es indiferente, sean las que se quiera sus opiniones. Nuestro siglo es de lucha entre las ideas y ningún gladiador quiere postrarse en la arena, porque así plazca á los que dirigen el espectáculo.

El centenario de Pedro Corneille.

«Homero enseñó en qué verso debían describirse las hazañas de los reyes, de los caudillos y las tristes guerras.»

Los que de sus recuerdos clásicos evoquen esta sentencia horaciana comprenderán qué vínculos filológicos é históricos ligan la epopeya y la tragedia. No toda la leyenda griega semihistórica pasó á la primera; gran parte quedó reservada para los autores dramáticos en las vidas de los héroes que intervinieron en la guerra troyana; otra parte de la religión se prestó maravillosamente á la representación escénica,

y como el respeto á las cosas sagradas no contenía á los poetas ni al público, inmediatamente pasaron á las tablas aquellos religiosos recuerdos. Del precedente épico tomó la tragedia griega los personajes, los asuntos, la intriga y el desenlace tantas veces impuesto por la tradicion; del religioso, la lucha con el destino, el coro y casi todo el aparato con que se ofreció á las miradas de los helenos y á la imitacion de los pueblos más jóvenes. De los rústicos principios de la tragedia ateniense poco quedó, andando el tiempo, como no fuese la rudeza de algunos caracteres, de la que jamás pudo desentenderse, áun en medio de la mayor cultura del pueblo y de la más exquisita elegancia de los autores. El Prometeo encadenado á la roca y continuamente atormentado por el buitre; las Euménides en escena, haciendo abortar á las mujeres atenienses; Filoctetes atravesado por la flecha, Hércules con su abrasada vestidura, Edipo batallando con la desgracia, como Prometeo con el buitre; los festines de los Atridas en que se servían por manjares palpitantes miembros humanos, Orestes perseguido por las furias, no tanto respondían al gusto del pueblo en sus épocas de mayor cultura, como á la tradicion de un tiempo en que el Atica era comarca pobre recién asolada por las fieras y librada de ellas por el indomable Teseo, para quien no habia monstruos capaces de infundirle pavor ni en la tierra ni en el infierno.

Los romanos no tuvieron tragedia comparable con la griega, ni en el género de Esquilo ni en el de Eurípides, y en el segundo mucho ménos. Nuestro Séneca manejó el idioma como el moderno Víctor Hugo, deslumbrando con su palabra más bien que conmoviendo y persuadiendo. Largos siglos pasaron sin que pudiera reanudarse el hilo de oro de la tragedia griega de tan maravillosa urdimbre formado, que al lado de los mencionados tipos ofrecía, si era necesario, Antígona modelos de piedad, Andrómacas de virtud semicristiana. Sólo en la Edad Media la monja Hrosvitha, evocando las tradiciones religiosas del cristianismo, pudo presentar algunas obras que muy de lejos recordasen el gusto clásico. Reservado estaba á los franceses resucitar en sus dos aspectos, en lo terrible y en lo tierno, la antigua tragedia helénica.

Nuestro admirable teatro, en parte imitado por Corneille, superior en conjunto á todos los modernos, tampoco se distingue en la tragedia, aunque en el drama no deja de ser notablemente fecundo. El maestro Perez de Oliva ensayó sus fuerzas en la escena trágica, y á esta primera tentativa siguieron otras; pero los dramáticos españoles apenas dejaron campo que recorrer á los demás como se tratase de las comedias, ni era fácil que de un género dramático se pasase al otro con igual lisonjero resultado, lo que podía haber enseñado la experiencia al mostrarnos que ningun escritor alcanzó la misma reputacion sirviendo á Talía y á Melpómene.

El pueblo francés recuerda al griego, y sobre todo al ateniense en multitud de rasgos y de caracteres, y hasta en el teatro se nos presenta como aquél, igualmente feliz en la comedia que en la tragedia, y tanto en la de Esquilo como en la de Eurípides, teniendo en Pedro Corneille un imitador del primero y en Racine un aventajado discípulo del segundo. En efecto, Corneille es vehemente y sublime como el autor del *Prometeo*; Racine, apasionado y tierno como el *de Medea*; aquél es rudo y grande, éste grande también, pero continuamente acompañado en sus producciones de una exquisita belleza: uno y otro, y en esto se parecían, siendo en lo demás tan desemejantes, discípulos de los griegos, en cuanto desdeñaron asuntos verdaderamente trágicos de la Edad Media para encerrarse en el molde clásico de las leyendas y tradiciones helénicas, rompiendo de cuando en cuando este molde, de suyo estrecho, para tocar algun argumento de la romana historia. Corneille nació en 1606, se dedicó al teatro á los veintitres años y murió en 1684.

Dícese que una obra dramática de escaso mérito que Milton vió en Italia le dió la primera idea del *Paraiso Perdido*, uno de los más grandes poemas épicos: así un pasaje de la historia griega ó romana bajo la pluma de Corneille ó de Racine se trasformaba en una de sus tragedias. La sociedad actual se confiesa poco apta para comprender y reproducir lo mismo el poema épico que el trágico, ofreciéndonos en vez de aquellos ¡menguada sustitucion! la novela y la comedia. Pero al confesar esto, no por ello deja de admirar el talento de los antiguos autores, y buena prueba

nos ofrece el pueblo francés al celebrar el centenario de Corneille, á pesar de las calamidades que en Francia ha producido la peste, no bien remediadas todavía las de la guerra.

Por mucho que renieguen los franceses de sus antiguas instituciones, no podrán olvidar aquel siglo de Luis XIV ni aquel *Roi soleil* que no se atrevió á decir: *el Estado soy yo*, sino despues de haber elevado su patria al primer puesto entre las naciones europeas. La lengua de Villon fué desde entónces la de Corneille y Pascal: la poesía de los *fabliaux* pudo dictar, con el arte *poético de Boileau*, leyes á los futuros líricos y dramáticos; si Francia se ufanaba desde antiguo con ser la hija primogénita de la Iglesia, el púlpito francés, desde los días de Luis XIV, se elevó sobre todos los de Europa, y no fué la época del gran Rey como aquellas que brillan á la manera de los fuegos fatuos, sino como las que dejan largo recuerdo de su paso en obras de perdurable existencia. Hoy todavía la lengua modelo es la del siglo XVII, como entre nosotros la del anterior, y tienen razon nuestros vecinos en comparar á Luis XIV con Pericles, no tanto por la tiranía en que ambos incurrieron, ni por las desgracias que uno y otro produgeron á su país, como por la aureola de gloria que gracias á ellos circundó los nombres de París y de Atenas.

No creemos que Corneille despierte en los franceses, á pesar del legítimo orgullo literario, el interés nacional que entre nosotros Calderon, porque los héroes de aquél son ménos franceses que los de éste españoles. Si el poeta de Rouen copió con más exactitud la antigüedad griega y romana, en cambio no presentó en escena las grandezas, las debilidades, los vicios y las virtudes de sus compatriotas, tanto que éstos pudiesen, debajo del disfraz, reconocerse.

Corneille presentó al griego como griego, al romano como romano: Racine, si los desnaturalizó algo, no fué para convertirlos en franceses, sino para ofrecer en ellos el carácter humano y apasionado é independiente de todo siglo y de toda nacion, siendo pintor de sentimientos más que de caracteres. Por eso ni uno ni otro son populares en la rigurosa acepcion de la palabra; por eso no se representan sus obras tanto como se admiran. Por lo contrario, Shakespeare, este autor es tan profundamente inglés, que acaso en lo popular ninguno de los modernos puede comparársele.

Deseamos que el centenario de Corneille compita con el de Calderon; pero éste fué tan excepcional y extraordinario que apenas podemos esperararlo. Víctor Hugo, el principe de la poesía francesa moderna, ha sido llamado á presidir esta gran solemnidad literaria, y excusado será decir que su aceptacion ha respondido á la honrosa eleccion de sus admiradores.

No es solamente la tragedia entre las obras dramáticas el género que ha decaído considerablemente; la comedia, que hoy prevalece en Francia, apenas pudiera creerse originaria de la de Molière y Regnard. Con ser trágicos y cómicos favorecidos de la corte y llamarse las compañías *troupes* del Rey ó de los Príncipes, las obras que se ponían en escena se inspiraban en sentimientos de mayor independencia y dignidad que las que se representan hoy en los teatros de París. No se pedían al baile ni á la declamacion mentidos adornos, ni á la maledicencia ni á las alusiones políticas gracias é interés que no diesen de sí los argumentos; todo al contrario de lo que ahora se pide y aplaude. Por eso nos parece que los centenarios de Calderon y de Corneille son un tributo pagado al *buen gusto* por los que necesitan para manifestarlo alguna vez el estímulo de tan grandes recuerdos.

Hoy se olvida demasiado la etimología de la palabra *obsceno*; lo que no puede presentarse en el teatro.

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

RECUERDO

¡Quién, la noche fatal de mi partida,
al estrechar su mano, me dijera
que aquel adios tan cariñoso fuera
el adios de la eterna despedida!

Cuando regrese á la ciudad querida
cuyo recuerdo en la vital carrera

ni un instante se borra ni se altera
en el fondo del alma dolorida,
respiraré otra vez el mismo ambiente;
veré la misma rumorosa fuente;
la misma verde y matizada alfombra;
mas no hallará el cansado peregrino
el árbol que otro tiempo en su camino
le dió perfumes, y frescura, y sombra!

PEDRO DE LARA.

PROYECTO DE UNIFICACION

DE LOS PESOS, DE LAS MEDIDAS Y DE LAS MONEDAS¹

En un siglo en que las relaciones de pueblo á pueblo se multiplican; en una época febril de actividad comercial, industrial y científica en que el tiempo es dinero, cada relacion de nacion á nacion exige la rapidez y la libertad en los cambios y la simplificacion de los medios y de los procedimientos que permiten el logro de este intento.

Así como un número espantoso de líneas de aduanas (bajo cualquier nombre que tuviesen en la Edad Media) están acabadas, para trasportarse á los confines propios de las naciones, y un inmenso zollverein de correos y telégrafos ha sido establecido para el gran beneficio de cada Estado, lo mismo una grande union monetaria que permitiera, á la manera de los tratados del comercio general, recorrer el mundo entero y no conocer fronteras, debe ser propuesta á los gobiernos cuidadosos del bienestar de los pueblos y de favorecer sus intereses.

En este intento, nos ha parecido que una pieza de moneda tipo—análoga al metro, el cual es adoptado hoy como medida por casi todas las naciones de Europa y de América—podría, sin herir á ningun pueblo en el amor propio ni perjudicar á ninguna raza, ser hallada y sellada.

Esta pieza, que sería independiente de la moneda actual de cada Estado, suprimiría el recarگو. En una palabra, sería una letra de cambio ó un pagaré metálico.

Todas las monedas de los Estados llegarían á corresponder á este prototipo de la moneda, y podrían ser dadas en su lugar al viajero ó al comerciante.

De este modo la cuestion del monometalismo y del bimetalismo queda entera; cada pueblo continuará sirviéndose en sus fronteras y en sus colonias de las monedas propias, pero sellando un marco monetario (si así puedo expresarme), que sería igual á tantas piezas, ya sea de oro ó ya de plata, de valor correspondiente al del país en que se verificaria el cambio.

Con este intento, los gobiernos sellarian también, como sus monedas, una pieza *única* que tendría curso en todas partes, y que segun los países en que fuera sellada, podría llevar al mismo tiempo que los emblemas ó símbolos de cada Estado, en una cara un nombre general, y en la otra, por ejemplo, un *mundo*, con el valor correspondiente á las monedas de cada nacion. La Austria-Hungría ha entrado en parte en esta vía sellando una pieza de oro de 8 florines, equivalente á 20 francos, y que es admitida en Francia por su valor.

A tal efecto, la pieza que nos ha parecido la más conforme á esta ley, es la de oro de 10 francos, la cual contentaría á los monometalistas, pues que sería de oro, y por consiguiente se acercaría más al monometalismo; tampoco descontentaría á los bimetalistas, pues que dejaría

¹ Aunque escrito en francés este artículo, su autor lo ha traducido para Los Dos Mundos, favoreciéndonos con su envío.

subsistir sus monedas de plata (en sus países) al lado de las de oro, y se añadiría á la marca de las monedas de oro en los países que desde ahora fabrican piezas de diez francos, que no son todavía más que nacionales.

He aquí entónces la pieza internacional de oro propuesta:

	10 francos.
	8 marcos (alemanes).
	8 chelines (ingleses).
	4 florines (austriacos).
	5 guldenes (holandeses).
	7 coronas (Kesner).
	51 ore (escandinavas).
	2 rubles $\frac{1}{2}$ (rusos).
	25 birgruches (turcos).
	10 pesetas (españolas).
	2 dolares plata (Estados- Unidos).
	4 rupias (India).
	1.800 reis ó 20 testones del Por- tugal.
	10 liras (italianas).
	10 dracmas (griegas).
	10 leys (rumanos).
	10 lynaros (serbas).
Un mundo, valor =	4.000 reis del Brasil (reis que no son más que dos piezas de moneda).
	5 escudos (Malta).
	2 duros ó piastras (América).
	2 solis (Perú) ¹ .
	2 pesos (Chile).
	2 duros nacionales, ó 1 duro provincial de los Estados de la Plata.
	2 patacones ó 16 reales fuer- tes de Argentina.
	$\frac{1}{2}$ doblon (Méjico).
	8 koñanes (Indo-China).
	1 taël, 250 sapeques (China), ó 1.250 li chinos.
	8 kianses (Persia) ó 10 yek- hazar dinares.
	2 amuleh ó 2 taleres (Abisi- nia).
	1 Contar de Tin-buctu.

La unificación de los pesos y de las medidas tiene, para corolario obligado, la unificación de la moneda.

El Congreso internacional de los pesos, medidas y monedas, ha puesto en evidencia la utilidad, la necesidad de una pieza de moneda admitida á circular en un gran número de Estados para la mayor facilidad de las relaciones y de los cambios, y sobre todo á medida que los caminos de hierro y los telégrafos hacen estas relaciones más frecuentes y habituales.

Hoy se va á Roma ó á Viena con ménos estorbo que otras veces para ir de Roma á Nápoles ó de Viena á Trieste.

Los labradores, los comerciantes, los industriales de Europa, trafican con la América, el Asia, el centro de Africa también; los pasteles de Italia se consumen en París, los mosaicos de Venecia adornan las pagodas de Viano, y los vinos de Sicilia son apreciados por el mundo entero tanto como los de Francia. Los productos manufacturados de Inglaterra, también hallan compradores en todas partes.

Se experimenta, pues, en cada país civilizado la necesidad de poseer una moneda que tenga curso en todas partes y sirva á cada uno.

La union monetaria establecida entre Bélgica, Italia, Francia, Suiza y Grecia, había sido concebida con este intento; pero no encontré

¹ Desde la guerra del Perú y del Chile, esos Estados, por necesidad de dinero, han cambiado y bajado la ley de sus monedas, que no tienen más que ese valor, pero hay que esperar que despues de la paz la marca volverá á la ley primitiva.

partidarios en el número de las demás naciones, sobre todo en el número de las que tienen el marco único y ha embarazado el progreso.

RENÉ ALLAIN.

(Concluirá.)

LA ÚLTIMA NOVELA DE GONCOURT

Sra. Doña Emilia Pardo Bazán.

Muy señora mía y distinguida amiga: ¿Me permite Vd. que le diga con franqueza lo que me parece de *Chérie*, la última obra de Edmundo Goncourt? Pues sepa que me gusta poco, y que aquí, en el seno de la amistad, la califico de un curioso caso *patológico*, de un *clínico* estudio sobre una naturaleza enfermiza desarrollada en circunstancias y condiciones excepcionales, con una impresionabilidad nerviosa poco comun, y no como el amplio y luminoso estudio general de las jóvenes de la buena sociedad, del mundo elegante y de buen tono, que anuncia en el prólogo.

Usted, señora, con su ilustrado y autorizado criterio, ha juzgado muy bien á los Goncourt y se ha declarado apasionada de los variadísimos tonos de color que de la paleta de su brillante y prismático ingenio obtienen para pintar y miniar la realidad sensible, firmándoles también la patente y diploma de perspicaces observadores de caracteres; y yo, aunque lega en la materia, no le he ocultado á Vd. la admiración que me produjeron *Mad. Gervaisais*, *Seur Philomene*, *Renée Mauperin*, y especialmente *Les Frères Zemgranno*, que me encantaron y me dejaron entusiasmada, no acertando á comprender por qué no se han traducido todavía á nuestro idioma. Pero hoy suelto este libro con inconsciente desanimación, y deseando darme cuenta de la fría impresión que me dejó, acudo á Vd. para que me ayude á investigar la causa de este efecto.

¿Será que el carácter de las jóvenes hasta los diez y nueve años, que es el estrecho límite en que se encierra Goncourt, ó sea ántes de la edad de las pasiones, es indefinible, inestable y movido como el agua del mar, escurriéndose al serio análisis como la onda al retroceder sobre la arena de la playa? Qué, ¿el sello encantador de la niñez y de la primera juventud estribando en la ambigüedad de las sensaciones, en los tenues y rosados velos que envuelven todas las ideas y el problema de la vida, se destruye al pretender estamparlas en las páginas de un libro los duros dedos de un hombre, por finos y afilados que sean, ó bien por grande é ingenioso que sea su talento?

¿Será que la férrea pluma del *naturalista* desgarrará por sistema en *Chérie* lo que se resiste á la averiguación, complaciéndose en definiciones gratuitas que bautiza en su prólogo de confidencias y de estudios, como si á los oídos de un hombre áun de sesenta años cumplidos, y en calidad de autor insigne, llegasen ciertas confidencias más que por la impura boca de precoces ó expertas *cocottes* que olvidaron ya toda noción delicada, pudorosa y sensible, y como si esa *esplègue* edad prestase al escrutinio sus pintadas y ligeras alas de mariposa sin huir su incesante revoloteo para no dejarle ver *más allá de sus narices!*

¿No le parece á Vd. que en su afán de apartarse de la senda trillada, de no querer hacer una creación idealista, una criatura insexual, nos presenta sobre el frío mármol de una mesa de disección el rígido cadáver de *Chérie*, pretendiendo hacernos olvidar las dulces creaciones juveniles, en que la imágen del hombre, aunque señor y dueño nuestro entónces como despues,

flota impalpable en animada pero inocente vision sin sensaciones ni anhelos de grosero materialismo, sin esas confianzas inauditas entre recién casadas y solteras, por íntima amistad que las una?

Para explicar tan mal sana precocidad y la frase que pone en boca del ilustre médico especialista sobre la enfermedad de *Chérie*, se apoya el autor en la excitación de los salones, en la perversión moral que se respira en la capital del mundo civilizado, de la moderna Babilonia, como pomposamente llaman los franceses á París, y en la sangre española que corre por las venas de la joven. Amiga mía, ya pareció *aque- llo*, y si no la adorna con un puñal en la liga y castañuelas en los dedos, le prodiga los ardores de nuestro claro y hermoso sol, como si las que nacemos y vivimos bajo su cálida influencia no cifráramos nuestros deseos y nuestra dicha en esa feliz edad que describe en *pelar la pava* desde un alto balcon ó tras la reja de un patio andaluz, y no prefiriésemos (con raras excepciones) los galanteos del novio á la inmediata posesión de un marido.

A mi modo de ver, el gran novelista, que tan superior acierto ha tenido en sus demás obras, flaquea en este carácter por exclusivo, y más viejo que los años con que lo inscribe en el registro civil de su concepción literaria. Desde las íntimas anotaciones confiadas á los diez y seis años en el cuaderno de problemas, hasta la muerte de *Chérie* á los diez y nueve, pasan los treinta años, malditos por Espronceda, y un temperamento *africano*. En una palabra, señora, que no me entretuvo como novela ni me satisfizo como estudio, por más de que Goncourt haya trabajado dos años en este libro con esmero y *maduro exámen de datos*, como si de escribir historia se tratara, segun dice en el prólogo. También el dignísimo esposo de la de Bringas (y perdóneme Vd. lo odioso é injusto de la comparación) empleaba en su cuadro de pelo prolijidad y esmero sumo, gastando tiempo, vista y paciencia, y, sin embargo, ni á usted ni á mí nos gustaría despues de concluido.

Pero fuera bromas de mala ley ante el augusto talento que escribió tantos libros admirables, y en éste un prólogo tan interesante, que en algunos pasajes me conmueve, y en uno me hace ya arrepentir de mi ligereza. «Ve—dice—tú, pobre y postrer volumen del último de los Goncourt, ve á donde fueron todos los que te precedieron, desde *Les Hommes des Lettres* hasta *La Faustin*, vé á exponerte á los desprecios, á los desdenes, á las ironías, á las injurias, á los insultos, de los cuales el pertinaz trabajo de tu autor, su vejez, las tristezas de su solitaria vida no le defendían ayer todavía, y que no obstante le dejan íntegra, completa, á pesar de todo y de todos, una confianza á lo Stendhal en el siglo próximo.»

Y en descargo de mi conciencia y en aras de la justicia diré á Vd. que si del esqueleto del libro paso á las bellísimas formas con que lo reviste, lo encuentro encantador y de vivísima realidad en los mil detalles y caprichos de la niña, en las sutiles observaciones de la transformación de la infancia, en la ruborosa pubertad y amorosa juventud, descartando por supuesto crudezas y explicaciones innecesarias que perjudican la causa del naturalismo, ó por lo ménos, para darle completa carta de naturaleza de este lado de los Pirineos, necesita el fino tacto que usted, por ejemplo, emplea en el escabroso capítulo XXXVII de *La Tribuna*, en que los oídos perciben lo que pasa detrás del tabique; pero los ojos no ven á la paciente, como en igual caso la presenta Zola á *urbi et orbi* en la *Joie de Vivre*, sin que por eso deje de seguir el lector las peri-